

Pedro Ávila Durán estudia y abarca los temas más diversos, pero la mayoría de sus obras giran en torno a lo humano. Al cuerpo y mente de seres animados les funde la idea de Kandinsky de que lo psíquico también está disfrazado en las formas de la naturaleza. Objetos inanimados poseen su propio estado anímico. Ello era una constante en Schiele, que recoge el artista. Asimismo se sirve del formato en composición vertical del Jugendstil cuando realiza sus desnudos.

Su aventura plástica le lleva a enaltecer este tema, al que analiza de manera penetrante y sin pudor. Cuerpos atléticos ventilan sus músculos o sus genitales marcados por medio de gruesos trazos negros, acentuando aún más su sexualidad. Ninguna tela o prenda cubre las partes pudorosas.

La identidad sexual se exhibe haciendo público un acto privado. El modelo posa actualizado, con su reloj sumergible: duchándose, leyendo en el váter, tocando sus genitales o mostrando sin pudor su trasero. Se retuerce para observarnos las más de las veces desencantado, angustiado o dolido. Es vehículo de exploración. Por medio de los gestos de brazos o manos se transmite una sensa-

CRÍTICA DE ARTE

El estudio de Pedro Ávila Durán

ción de exhibicionismo, de reivindicar el desnudo masculino. No le interesa la toilette femenina.

Cuando Millais quiso pintar la Ofelia de Hamlet cayéndose al río, decidió buscar una modelo que posara como ella.

Pedro Ávila sustituye a aquella Lizzie por un atleta santiagués que permanece horas y horas en la bañera u otro rincón del estudio del pintor. (Esperamos que dada la fortaleza física de este cuerpo masculino no le pase las facturas médicas por resfriado que le tocó pagar a Millais).

Es frecuente que los elementos destaquen sobre fondos vacíos y sombríos transmitiendo un sentimiento de aislamiento y soledad. El vacío es el telón de fondo sobre el que Pedro Ávila representa las formas vocales observadas de grupos humanos cantores, como el 'Martín



Por:
Fátima
Otero

Códax', del que hace varios cuadros de composición descendida.

Es habitual que Pedro Ávila de un tema haga varios cuadros. También sus bodegones se presentan desde varios puntos de vista. Al pintor le obsesiona la composición. De esta manera, si en un lienzo ha colocado una naturaleza muerta de un modo determinado, en otros cambia el motivo porque se divierte jugando con el objeto.

Útiles tradicionales, vinculados a la actividad humana, como son los juegos de café, el fregadero, un frigorífico, son objetos físicos que priman en contraposición al desplazamiento del objeto conceptual. El énfasis por el envase hace que un cartón de leche pose con su código de barras o con su marca comercial, porque son objetos de la cultura actual.

La infraestructura cosal tradicional está presente en su fisicalidad. Es pura materia con energía. Al pintar una antigua máquina de coser lo hace a golpe de tesón, porque sobre ese lugar en el que repasó sin años de actividad, se volcaron ideas, sueños e ilusiones que ahora están congelados, pero que reposan en paz porque en su muslo llevan marcado el cansancio de una larga vida laboral. Ella o el fregadero bastan para formar un diario de intimidad. Unas páginas de fe hacia este extremo que ha sabido descubrir en ellas la voz de su verdad.

Vuelve a recrear cuadros del ayer como las vistas de Jaráiz de la Vera, Cáceres, su pueblo. Revelan la personalidad de un hombre que ha cambiado pero que no ha perdido su rumbo. El giro de sensibilidad lo ha conducido hacia metas expresionistas alemanas, a no perder el arte humanista de tradición europea, la representación icónica, aunque a veces acuda a maneras del expresionismo abstracto de De Kooning.

Para este profesor de dibujo artístico en el Instituto Rosalía de Castro en Compostela, el motivo, ya sean manzanas o cantores, es pretexto del que se sirve para hacer lo único que le interesa: pintar.